

I
E
L
A

REVISTA TEOLOGICA

1986
#123

RECEIVED

JUN

JUN 11 1986

PUBLICACION

DEE



SEMINARIO CONCORDIA

... crezcamos en todo en aquél que es
la cabeza, esto es, Cristo.

Efesios 4: 15

1986

-

Número 123

(NOTA: Material tomado de anotaciones pastorales y presentado en la Conferencia Pastoral en Montevideo, Uruguay, el 25/9/81).

L. Gros.

+ + + + + + + + + + + + + + + + +
+ + + + + + + + + + + + + + + + +

DEL PECADO HEREDITARIO

Además, se enseña entre nosotros que desde la caída de Adán todos los hombres que nacen según la naturaleza se conciben y nacen en pecado. Esto es, todos desde el seno de la madre están llenos de malos deseos e inclinaciones y por naturaleza no pueden tener verdadero temor de Dios ni verdadera fe en El. Además, esta enfermedad innata y pecado hereditario es verdaderamente pecado y condena bajo la ira eterna de Dios a todos aquellos que no nacen de nuevo por el bautismo y el Espíritu Santo.

Confesión de Augsburgo, Art. II

¿CUAL ES EL VALOR REAL DEL HOMBRE?

En una entrevista de un programa de radio, una conocida actriz decía de ella y de su director artístico: "La diferencia entre él y yo es que yo creo en lo bueno que hay en el hombre, y él no". ¿Crees tú, amigo lector, en "lo bueno que hay en el hombre"? Es impresionante la capacidad que tiene el hombre para hacer "lo bueno": Azafatas que en un avión incendiado sólo piensan en los demás. Hombres del Servicio de Salvamento que arriesgan su vida para salvar a imprudentes montañistas que por propia culpa se expusieron a una muerte segura. Niños que dan todos sus ahorros para ayudar a comprar un aparato de televisión para un compañero de clase que padece de un impedimento físico, en vez de comprarse la tan anhelada bicicleta. Hay muchas cosas buenas en el hombre. Un arquitecto hace gratuitamente los planos para un hogar de ni-

ños. Una madre de cuatro hijos, atareada hasta el agotamiento, aún se hace cargo de su suegro inválido para atenderlo. Un automovilista hace un rodeo de 50 km. para llevar de noche a casa a uno que sufre un contratiempo. Suceden muchas cosas buenas.

"Tenemos que creer en el buen núcleo que hay en cada uno", decía también el director de un centro de rehabilitación para menores. "De lo contrario yo no podría trabajar en este oficio", agregó. Esta persona con seguridad se había encontrado no solamente con lo bueno de las personas. El también conocía lo "enigmático", que se encuentra igualmente en el hombre. El hombre no sólo tiene capacidad para lo bueno, sino también para lo malo. Cada día nos vemos enfrentados con la maldad que proviene de los hombres. Todos los periódicos y demás medios de información están llenos de ella. En ningún tiempo hubo tanta estafa entre los hombres; como tampoco hubo tantas personas torturadas, privadas de sus derechos, sojuzgadas y asesinadas, como en la actualidad. Parece que lo malo está agrandándose en nuestro globo como un alud. Criminalidad, terrorismo, matrimonios destrozados, tiranía por parte de los gobernantes, todo aumenta. Consecuentemente también se registra un aumento de enfermedades psíquicas, personas insatisfechas y malhumoradas, suicidios. Surge la aterradora visión de un mundo destruido por la propia mano del hombre. ¿Cree usted en lo bueno que hay en la persona?

El Hombre-Enigma

En algún momento, cualquiera se horroriza de sí mismo por haber cometido una injusticia con otro. Demasiado tarde cae en la cuenta de que el daño infligido al prójimo fue mayor, y la herida más profunda, de lo que uno se había propuesto. Sucedió, no hay forma de borrarlo. O en otro caso, nosotros tuvimos las mejores intenciones, y sin embargo, sólo logramos frustrar a los demás. El antónimo de "bondad" no es siempre "maldad", sino, "buena intención". Pero también lo decididamente malo puede apoderarse de uno como una enfermedad repentina. Ej: "Un hombre desesperado espera su consejo: Yo me enamoré de una mujer casada. De noche ya no puedo dormir. Me he entrometido en un matrimonio y lo estoy destruyendo. Ya no sé qué hacer. Unas cuantas veces quise terminar la relación con ella, pero no es tan fácil ...". Así decía en la "página del lector" de un semanario.

Este hombre se halla en oposición a sí mismo. No consigue ser como quisiera ser. Pasa por la misma experiencia que, alrededor de 1900 años atrás, tuvo el apóstol Pablo: "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, ese hago", Ro. 7:19. Así, uno puede llegar a ser un misterio para sí mismo.

¿De dónde viene lo malo? En un momento dado se hizo presente. De niños éramos maleducados. Hubo quienes se sintieron irritados por ello. Pero ¿para qué irritarse? A los chicos hay que permitirles de vez en cuando alguna travesura, porque de lo contrario se convertirán en mimados hijitos de mamá. Los niños tienen que aprender a defenderse. Pero no siempre éramos solamente maleducados. Hubo algo más todavía. Eramos malos, propensos a los golpes bajos. Esto no era una reacción comprensible contra la interminable tutela de los padres o de los mayores. No era la necesidad de liberarse de la coerción y de los andadores. No, era la pura mala intención lo que nos llevaba a maltratar a uno más débil; a burlarnos de alguien que ya de por sí estaba cargado de sufrimientos; a reírse de alguien que estaba desesperado por su mala suerte; a quitarle o destrozarle el juguete favorito al compañero más pobre que nosotros. ¿Se acuerda usted de todo esto? De repente apareció en escena también la mentira. No por 'necesidad', sino conscientemente, a propósito y bien calculada, para propio provecho y para daño del semejante.

Lo malo es, a menudo, no lo que hemos hecho, sino lo que no hicimos. A veces me acusa una voz interior de que no escribí una carta, no hice una visita, no dije una buena palabra cuando las circunstancias la reclamaban. Algunas personas a las que quedé debiendo grandes favores, ya han muerto. "¡Hubiera yo en aquella oportunidad ...!" Respecto de otros, que viven en mi vecindario o un poco más lejos, también temo que un día tenga que decir: "¡Hubiera yo en aquella oportunidad ... !" Yo quiero ser bueno, bueno con otras personas, pero una y otra vez no lo soy.

En muchos casos intenté reparar el daño hecho. En algunos, esto dio resultado, al menos en parte. Pero han sucedido cosas que no se pueden reparar, por más esfuerzos que uno haga. Lo malo se ha vuelto definitivo. La culpa es inamovible. La culpa puede ser un terrible acusador, y puede levantarse delante de nosotros como una montaña. "Siento asco de mi mismo" -- decía una esquela que se encontró junto al cadáver de un hombre joven, que creía no poder aguantar más su vida porque las pruebas de su es-

tado de culpabilidad le parecían demasiado contundentes. El se auto-sentenció: "tú eres culpable".

¿Es hereditario lo malo?

Las generaciones que nos precedieron, nuestros "padres en la fe", entendían muy claramente que la pregunta acerca de la maldad y la culpa es una de las grandes preguntas de mayor importancia, que no se debe reprimir por tiempo indeterminado.

Ellos decían: "cada persona nace con pecado" - inclusive hablaban de "en pecado". Así lo leemos en el 2º artículo de la confesión de Augsburgo, documento que se elaboró en 1530 al haberseles requerido a los evangélicos protestantes la declaración formal de sus convicciones. Posiblemente, usted - y también yo - tengamos ciertas dificultades en aceptar estos pensamientos. Nos gusta más hablar de los niños "inocentes". No obstante, la experiencia de aquel entonces sigue en vigencia aún hoy día, y lo podemos comprobar usted y yo: la disposición para hacer lo malo realmente está en cada uno desde un comienzo. Así entiendo yo la antigua formulación: "todos desde el seno de su madre están llenos de malos deseos e inclinaciones". Ya que aquellos cristianos no pudieron descubrir ninguna excepción, y ya que en cada ser humano, independientemente de su procedencia, de su mundo o ambiente, de sus dotes o de su carácter, lo malo aparecía como componente de su vida, ellos hablaban también del "pecado hereditario", con lo que querían decir que la disposición para lo malo es innata.

Algunos cristianos lo han entendido mal, como si lo malo se heredara biológicamente, o se transmitiera a través del acto de la procreación, el cual con eso cayó en la sospecha de ser pecaminoso. Lógicamente, eso es una interpretación incorrecta.

La sexualidad forma parte de los buenos dones de Dios, aún cuando, al igual que todos los demás dones, no está resguardada del mal uso que de ella puede hacerse. Pero con el concepto "pecado original", no se trata de sexualidad o herencia biológica, sino del conocimiento de que el hombre ha perdido su libertad de obrar. Por eso el concepto "pecado original" es más acertado que "pecado hereditario", porque expresa claramente lo que en realidad se quiere decir: "El hombre no puede vivir sin que lo malo esté en él".

"pero si no puede vivir de otra forma. ¿es entonces culpable?"
- así preguntará usted, y no solamente usted. ¿Qué culpa tiene el hombre de ser tal como es?

Algunos eruditos modernos se dedicaron a investigar el origen del mal: El psicoanalista austriaco Sigmund Freud decía: "El hombre tiene instintos congénitos. Entre estos instintos se halla el "instinto de muerte", cuya acción se dirige hacia la propia persona o la de otros. El contrapuesto "instinto de vida", debilita el instinto de muerte, pero el resultado son las "agresiones", es tallidos de ira, ataques." "Las agresiones son instintos congénitos". Así creía haberlo descubierto el etólogo Conrado Lorenz. Las agresiones conservan la vida, y en el reino animal conservan las especies. No obstante, Lorenz llegó a una comprobación chocante: "En el animal, los instintos funcionan, pero en el hombre han sido perturbados y deteriorados por una civilización en muchos aspectos enervante. Por eso el hombre es más peligroso que un animal.- Erich Fromm, un discípulo de Freud, concluye: "El hombre se diferencia del animal en que es un asesino". Es desconcertante, por cierto, que precisamente "el ser viviente más perfecto" sienta un placer en torturar, atormentar o asesinar a otros.

Tampoco los conocimientos modernos nos sacan de nuestro desconcierto. Si la inclinación a lo malo proviene de la depravación de los instintos, si nuestras malintencionadas agresiones, nuestro egoísmo, nuestro a veces brutal instinto de conservación son de tal manera innatos que actuamos en forma desconsiderada hacia los demás: ¿somos entonces verdaderamente culpables? ¿somos entonces pecadores?

Por esta razón Conrado Lorenz hablaba, prevenida y restrictivamente, sólo del "así llamado mal". Sin embargo, también él constató, aun sin usar el término, una especie de "pecado original". El hombre, según Lorenz, ha perdido, por decirlo así, su vínculo con la naturaleza buena. Con esto, Lorenz expresa con sus propias palabras lo que la Biblia relata en cuanto al hombre: El hombre fue expulsado del jardín natural original, y tiene que habitar "al otro lado" del Edén. El hombre ha perdido su inocencia.

Pero ¿quizás la maldad no provenga del interior del hombre sino de afuera? ¿No son acaso la depravación ambiental, la sociedad corrupta, las que hacen malo al hombre? ¿No son la represión y la falsa moral los factores que causan una justificada reacción?

¿Y no será que en tal caso, la reacción no es en sí mala, sino una respuesta necesaria a un sistema perverso? ¿Acaso no es cierto que la persona se invalida a sí misma si cree en la inevitabilidad de lo malo? ¿No es cierto que los sentimientos de culpa la debilitan? ¿No es también el temor de pecar un freno para el hombre? ¿No le convendría más bien reunir un poco más de coraje y echar por la borda todo lo que lo tiene inhibido? Los críticos de sistemas de los últimos años siempre de nuevo pusieron sobre el tapete estas preguntas - preguntas a las que ya Karl Marx hizo referencia.

La verdad es que al hombre le viene muy a contrapelo, de muchas maneras, si se le dice que es malo, que es un pecador.

"Yo iría más a menudo a la iglesia, si ahí no se cantara permanentemente 'Kyrie eleison'". Así decía un hombre a otro que quería invitarlo. Ciertamente existe en más de un cristiano una inhibición pseudo-cristiana que deja traslucir muy poco que estas personas creen en una Buena Nueva.

Por otro lado era un error suponer que las investigaciones científicas acerca de la ascendencia del hombre, acerca de su parentesco con determinadas especies del reino animal, y de sus maneras de conducirse semejantes a las de los animales, podrían abrirle al hombre un camino para liberarse de su maldad. Tampoco el conocimiento de los estratos profundos del alma es suficiente para sanarla. Y aun si yo descubriera que la maldad tiene su asiento en el sistema, en las estructuras, todavía no sería inequívoco el camino a la mejoría. En la mayoría de los casos, el lugar de un mal eliminado no lo ocupó un bien, sino otro mal. La maldad se mantiene en su cruda desnudez, y sus facetas son múltiples.

Dios y lo malo

Quiero añadir una pregunta más, que usted posiblemente también ya se hizo: Si Dios creó al mundo, ¿no es entonces Dios mismo el que creó lo malo? ¿No es que Dios incluyó lo malo en su plan de creación? Se levantaron críticos de la fe cristiana que preguntaron: ¿es Dios el regente absoluto que siente un placer en mantener a sus criaturas en una situación de indignidad, impotencia, invalidez, para que se den cuenta de su completa depravación y la confiesen? Y esta pregunta no sólo viene de afuera. El intento

de culpar, en últimas instancias, a Dios de ser el autor de lo malo, es tan antiguo como la humanidad misma. Ya en aquel insuperable relato del hombre en sí, del "Adam", queda descrita esa intención de auto-justificarse. Adán dice: "La mujer que tú me diste ...", y Eva dice: "La serpiente me engañó ...". En los dos casos, es Dios el que es señalado como causante primario. Se diría que la culpa es definida como un destino inevitable, del cual es responsable el Señor de los destinos. La consecuencia lógica sólo puede ser nuestra "absolución por inculpabilidad comprobada". Pero esa simple lógica es irracional.

El desenlace de la historia del "pecado original", o sea la ejecución del desalojamiento del paraíso, del reino de la inocencia, de la paz y la íntima relación con Dios, da por tierra con esa lógica. Ni Dios, ni el diablo que está detrás de la víbora, pueden ser citados como testigos de descargo a favor de mi inocencia. Es verdad: tenemos que contar con que existe una poderosa fuerza enemiga de Dios, podríamos decir: una voluntad concentrada, decidida a combatir todo lo que tiene que ver con Dios y con lo que es bueno. Tan poderosa es esa fuerza, que todo lo malo, todo lo que es contrario a Dios, parece tener un centro y un punto de partida al cual la Biblia llama Satanás. Este, al igual que Dios, no puede ser presentado corporalmente. Pero sea cual fuere la solución de este oscuro misterio: no me libraré de mi propia responsabilidad.

Confieso no tener una respuesta que satisfaga todas las inquietudes. Tampoco Martín Lutero entendió al inescrutable e incomprendible Dios. El hablaba del "Dios oculto". Este Dios creó al hombre de tal manera que puede usar su libertad incluso para su propia destrucción. Nosotros no creemos en un apacible "Dios de amor", que habría creado para sí un mundo invulnerablemente sano. No nos incumbe explicar por qué Dios permitió lo malo, sino que nuestro deber es respetar al Santo Dios. El es el mismo que no nos deja librados a un funesto destino, sino que persevera en un grandísimo amor al mundo y a los hombres.

Donde esto se ve con máxima claridad es en lo que aconteció con su Hijo, Jesucristo. El fue víctima de la maldad de los hombres. Lo mataron los traidores, los hipócritas, los piadosos y los impíos. Lo malo del mundo tuvo que concentrarse en contra de él, para que él a su vez lo pudiera atacar y derrotar en un punto vital. Aquí quedó en claro qué es realmente lo malo, y cuál es su efecto.

A través del aniquilamiento, 'lo malo' quiso desunir, separar, al único hombre bueno, al Hijo, de su Padre o Dios. 'Pecado' es lo malo que intenta separarme de Dios. Sí: esencialmente, 'pecado' significa ante todo, "separación de Dios". Como factor desencadenante del pecado, la Biblia señala al hombre mismo. Existe un pecado básico del cual deriva todo lo demás: El hombre se desprendió de Dios y tomó su vida y el mundo en sus propias manos. Con esto perdió la fuente de vida: "Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua", Jer. 2:13. Esto es pecado: abandonar la relación íntima con Dios, buscar la fuente de vida en otra parte, querer arreglárselas sin Dios, no preguntar por él, ni siquiera necesitarlo. La mucha maldad, pequeña o grande, me puede tentar, me puede lastimar interior o exteriormente, me puede causar daño, y a través de mí, dañar a otros, porque Dios no está ubicado en el centro de mi vida.

Todos los demás pecados, grandes y pequeños, desde la infidelidad conyugal hasta el trato descuidado con la creación y el cigarrillo o la torta de crema que el médico me prohibió, (otra vez cometí un pecadito!) son consecuencias subsecuentes, por la razón de que tengo muy poco temor y amor a Dios, y también muy poca confianza en él. Solamente después de darme cuenta de cuán profundamente está arraigado en mí el pecado, y de cómo se abren siempre nuevos caminos para tomar formas concretas, - sólo entonces veo claramente lo importante que es para mí que se restablezca la comunión con Dios.

En la obra de Cristo, no solamente se nos manifiesta toda la gravedad de lo malo. El nos muestra también el camino para liberarnos de ello. El restablece nuevamente la comunión con Dios. Creer en él es el camino a la vida.

Gotthart Preiser, en BEKENNTNIS
AKTUELL, fasc. 2.
Trad. Digno Rosin, Seminario
Concordia. Revisado E. Sexauer.

* * * * *
* * * * *